

El carácter filosófico de la investigación de crímenes contra los derechos humanos
- o ¿quién te ha dado vela en este entierro?¹
Ciro Alegría Varona
PUCP

Aclarar cómo se organiza el mal a gran escala es una tarea ingrata. El gran crimen, el crimen contra la humanidad, se oculta tras su propia magnitud. Sus víctimas y sus beneficiarios son millones. El número confiere a la violencia una irresistible apariencia de racionalidad. Antígona dice: *la tiranía tiene su felicidad en muchas cosas* (verso 506) y hay que entender que esa peculiar forma de felicidad reside en que sus causas sean muchas, no en cuáles sean. Es cierto que en cada caso individual de "asesinato del carácter", como decía Hannah Arendt, el crimen contra la humanidad ya está entero, y en cada individuo adaptado a un régimen de instrumentalización total está consumada la obra de deshumanización. Pero es en su aspecto masivo, geométrico y sistemático, que la negación de la dignidad humana se presenta como proceso real y universal, por tanto racional e incuestionable. *Sheer number*. El número, la regularidad automultiplicadora de los hechos inhumanos, los asimila a la categoría de desastres naturales. La batalla final para desmoralizar a Job tenía que darla el formidable Leviatán. La gente, para dejar de sufrir, se refugia en la naturalización del daño deshumanizador. Luego no hay comprensión, sino recelo y resentimiento hacia quien desmiente la transformación falaz del daño masivo en desastre natural. El investigador que empieza a revelar los desastres como crímenes es rodeado de inmediato por acusaciones y sospechas. Con sólo proponerse investigar, aún antes de obtener resultados, hiere de entrada el equilibrio psíquico de muchedumbres que han cumplido cierto duelo, han enterrado a sus muertos, han hablado tristemente con los suyos de todo *eso* y apenas han empezado a aquietar las imágenes del horror que asaltan sus desvelos. Pero la cosa no queda ahí, el investigador de violaciones de derechos humanos también interpela a quienes no han terminado de llorar. Desmiente un duelo mal cumplido, interrumpe un duelo a medio hacer, exige empezar de una vez un duelo que nunca se hizo. En todo caso, se inmiscuye en el dolor ajeno, porque todo dolor, aún el masivo, es íntimo. Supongamos que el investigador tiene éxito y revela la matanza de inocentes como acto criminal concebido y organizado por individuos concretos. Entonces aparece una segunda causa de ira contra él, pese a que es sólo el mensajero de la mala noticia. Se le acusa de querer propagar la confusión moral al hacer la desgracia comprensible, explicable dentro del orden causal de la realidad. Unos dicen que la investigación, al explicar cómo pueden cometerse crímenes masivos por medio del Estado y toda la estructura de la sociedad, siembra la desconfianza en las instituciones y socava las bases de la comunidad política. Otros señalan que el investigador está dificultando la condena a los perpetradores, esos monstruos sedientos de sangre que de ninguna manera pueden ser confundidos con sujetos racionales como nosotros. Y en esa atmósfera hostil sucede de pronto que se señala al descubridor del crimen enorme como el principal enemigo de la justicia. Cuando él muestra cómo fue cometido el crimen de forma sistemática y sostenida, cómo procedieron los matarifes de humanos con racionalidad técnica, productiva y estratégica, es acusado de ser un obstáculo para la justicia, porque impide fijar en unos pocos actos e individuos la culpa y el correspondiente castigo, e incluso debilita la autoridad del mismo Estado que hoy tiene que hacer justicia, cuando da a entender que el Estado puede estar contaminado todavía por el mismo automatismo del poder que actuó en el crimen contra la humanidad. El reproche del primer tipo, impedir la fijación de la culpa y del castigo en unos cuantos individuos, perturbar el duelo de los deudos y sobrevivientes y complicar absurdamente la justicia, fue dirigido contra Hannah Arendt, en reacción a su lúcido informe sobre el proceso a Eichmann en Jerusalén. El segundo tipo de reproche lo hacen desde hace

¹Este ensayo es parte del libro inédito *Adagios - crítica del presente desde una ciencia melancólica*.

décadas las derechas iberoamericanas contra las investigaciones sobre los crímenes de las dictaduras; repiten, como una letanía, que investigar esos hechos es reabrir heridas, perpetuar la discordia, dividir al país, debilitar las instituciones. A la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú se le hacen los dos reproches a la vez; por explicar el funcionamiento terrorista y potencialmente genocida del Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso, se le acusa de no hacer una condena clara y directa del terrorismo; y por explicar el funcionamiento de las violaciones de derechos humanos cometidas por el Estado durante la guerra contrasubversiva, se le acusa de dividir al país y desacreditar a las instituciones. Pero al investigador de crímenes contra la humanidad estas acusaciones falsas no lo sorprenden, porque él ya ha penetrado las sombras que envuelven a su singular objeto de estudio. Entre todos los males, el daño cometido con racionalidad técnica y estratégica es el peor, y no principalmente por el número de las víctimas, sino porque su modo de proceder involucra a la razón. En esto consiste su enormidad, en instrumentalizar la razón para el abuso. El número exorbitante de víctimas es sólo una consecuencia de esto. Explicar la organización y la coherencia siniestra de los grandes crímenes es criticar a la razón, lo que resulta siempre intempestivo. El crimen enorme tiene en su naturaleza un mecanismo de defensa para desacreditar y confundir a quien intenta revelarlo como crimen. Está revestido de la majestad de los poderes públicos, contiene los requisitos del bien común, truena de lejos: SIN MÍ TODO ES VIOLENCIA Y LOCURA, QUIÉN ERES TÚ PARA JUZGARME. La más elemental forma de piedad que hay en los seres humanos es la que los dispone a aceptar los rigores de un orden para evitar el daño mutuo masivo que el caos desencadena. El Estado criminal instrumentaliza esta piedad y abusa de ella, convirtiéndola en conformidad y colaboración con la negación de la dignidad humana. Luego, quien se atreve a acusar a un Estado de llevar adelante políticas criminales, acusa también a los millones de personas que cuentan con ese Estado para su paz y su bienestar de colaborar más o menos pasivamente con el abuso sistemático. Pero lo más duro del trabajo del investigador es que entre esos millones de conformes con el régimen violador de los derechos humanos están también las víctimas. Antes de ser arrastradas a la muerte por los disciplinados matarifes de seres humanos que se encargan de las operaciones, las víctimas han padecido una especie de parálisis causada por su propio respeto elemental por el orden social vigente. Las víctimas del terror han sido primero víctimas de su propia piedad. ¿Quién tiene derecho a hacer escarnio de esa ilusión inevitable? La filosofía es el trabajo por el que la razón se recupera de los daños que ella se inflige a sí misma. La raíz del mal está en la razón, no en las inclinaciones ni en las circunstancias naturales. Al desplegar una comprensión racional de la realidad convertimos, inevitablemente, las parcas relaciones de causa a efecto en motivadoras relaciones de medios a fines y, en vez de detenernos en meras explicaciones, siempre insuficientes, pasamos a pensar justificaciones, siempre rotundas. La razón acrítica se enreda y se entrapa a sí misma cuando obtiene justificaciones a partir de explicaciones, es decir, cuando empieza a hacer piadosamente su trabajo, que es producir una comprensión motivadora. Vemos cómo una vida se hace un lugar en el mundo, vemos alzarse una acción colectiva, vemos formarse un poder y decimos: es racional, allí la razón está en obra. En ese momento ya estamos atrapados en la complacencia y nos hemos vuelto propensos al abuso. Pero es terrible también desconfiar de la razón, darse cuenta de este elemental autoengaño que, compañero de la vida en un comienzo, quiere después, convertido en moralismo o ideología totalitaria, instrumentalizarla y hacerse amo y señor de ella. Anticipar en la conciencia crítica los graves riesgos que hay en el simple hecho de justificarse es cometer una especie de impiedad. Es la impiedad filosófica, por la que fueron condenados Anaxágoras y Sócrates, un error trágico lleno de dignidad, hermano mundano de la piadosa impiedad de Antígona.